

mi novio volteó a verme, entendí que solicitaba mi respuesta, moví la cabeza afirmativamente; se sintió complacido. Nos quedamos a comer.

El menú: caldo de gallina, frijoles cocidos en olla de barro y tortillas gruesas y grandes recién hechas. Comprobé que la comida guisada con leña se deleita mejor.

No utilizamos cubiertos. Ellos no usaban esos instrumentos para comer. Las servilletas eran de tela con flores bordadas. Al principio me costó trabajo comer sin cubiertos, solo había cucharas. Mi novio comió sin dificultad alguna, estaba acostumbrado a comer en las comunidades donde no usaban ese tipo de instrumentos. Se sentó a la mesa, se arremangó las mangas para no mancharse con la comida, tomamos los alimentos como aquella familia lo acostumbraba hacer.

CAPÍTULO 4

Nuestro noviazgo duró poco tiempo: seis meses. A los cinco de haber iniciado nuestra relación, por el pueblo corrió el rumor que alguna persona había muerto porque mi novio le había dado medicina caducada. Cinco días después se especuló sobre otro caso similar: que el doctor, mi novio, les daba medicamentos equivocados. Anticipándose a mi pregunta, mi novio me dijo: “Mi vida, lo que se dice de mí no es cierto, alguien trata de desprestigiarme, no entiendo por qué lo hacen; no tengo la menor idea de quién pueda ser”. Le creí, no dudaba de su palabra.

Poco tiempo después fue al consultorio un grupo de tres personas, se decían familiares de otro paciente que había muerto por causas similares, según vociferaron. Gritaban que el doctor estaba matando a la gente del pueblo. Mi novio estaba desconcertado, trataba de poner en claro quién estaría detrás de esa farsa, no atinaba quién podría ser, sentía que su convicción flaqueaba, se pasaba noches enteras sin dormir. Varias personas especulaban sobre el probable autor de esa trastada. Trataba de mostrar aplomo pero por dentro sentía otra cosa. Titubeaba cuando conmigo platicaba; deseaba ayudarlo pero mi escasa experiencia me limitaba.

Una tarde de viernes mi novio llegó a la casa. Papá abrió la puerta, le dijo: “Pásale, doctor, por favor pásale”. Entró, caminó detrás de mi papá, tomaron asiento en la sala. Paulo Emilio aceptó un vaso con agua de frutas, yo misma se la llevé. Mi papá levantó la vista para decirme con voz suave: “Hija, déjanos solos un momento, deseo platicar con el doctor, estate pendiente por si algo se nos ofrece”. Me coloqué cerca, donde no me vieran, para escuchar la conversación.

—Sé lo que se andan diciendo de tu desempeño profesional —le dijo mi papá a mi novio.

—Estoy seguro, sin dejarme influir por la relación de noviazgo que sostienes con mi hija, que son inventos, son calumnias, quieren estropear tu carrera profesional. Has

demostrado a tus pacientes y sus familias que eres un buen médico. Has curado a mucha gente, les regalas la medicina que consigues con tus amigos de los laboratorios. Ayer platiqué con mi amigo Bladimir, sabes que nos estima, me dijo que por tratarse del novio de mi hija el aprecio lo amplía a tu persona. También le preocupa que alguien de malos sentimientos esté desprestigiándote. Él sospecha del doctor Santos, por su agrio carácter. Se asegura que por tu eficacia en el tratamiento de las enfermedades le has quitado pacientes; es envidioso, egoísta. Me asegura Bladimir que ese hombre te va a seguir molestando, que lo conoce de toda la vida, sabe de sus malas mañas, es bastante egoísta según me platica nuestro amigo. No acepta que un joven médico lo supere. Me dijo mi socio Bladimir que tenía deseos de hablar contigo, de hacerte una propuesta para terminar con todo este lio que puede seguir creciendo.

Mi novio regresó tres días después por la tarde, para hablar con papá.

—Don David —le expresó—, vine a su casa para comentarle que el señor Bladimir me ofreció intervenir con un diputado amigo suyo, para que me consiga trabajo en la ciudad de Huamantla, donde me contratarían para trabajar en el hospital central, mientras me doy a conocer e instalo mi consultorio. Con eso confirmo la buena voluntad de la persona a la que usted considera su mejor amigo. También tengo que decirle que he conversado con pacientes míos, me dicen que ninguno de los supuestos muertos que me achacan viven en las comunidades de donde sus familiares dicen que son. Me aseguran que esas personas no han sido sepultadas en los panteones de las cercanías. Tampoco he conseguido datos precisos de los fallecidos. He estado preguntando a algunos de mis pacientes y nadie me da referencias de esos muertos. Estoy intrigado.

—Ya ves cómo son esas personas —aclaró mi papá—, que por falta de recursos pudieron haberlos enterrado hasta en la huerta de su casa. No sería la primera vez que ocurriera.

—Te repito —acotó mi papá—, no me cabe la menor duda que eso fue fabricado. Pero recibe mi opinión que de corazón te doy: acepta el ofrecimiento de mi amigo Bladimir, es un hombre respetable que sabe y tiene conocimiento de muchas cosas. Seis meses bastarían para que todo se aclarara y pudieras regresar. Si por el momento permaneces acá, el doctor Santos te seguirá perjudicando, tiene amigos en el poder federal, sería capaz de cualquier cosa; es lo que me dice nuestro amigo. Mi relación con él ha sido de paciente a doctor. Decide antes que pase más tiempo, yo creo que es para tu bien, aquí te esperará mi hija.

Esas palabras quemaban mis oídos. La conversación de los dos hombres que más amaba me hizo presa de ansiedad. Pensando fríamente las cosas, era la mejor decisión que mi novio tomaba, mi padre hablaba con la experiencia que le había dado la vida.

Esperaba que me hicieran participe de la plática; aunque había escuchado todo me quedé con las ganas de participar en el diálogo. La plática duró pocos minutos, los suficientes para que ellos se entendieran y, de paso, decidieran mi vida.

Terminó la plática, se levantaron, caminaron a la puerta, escuché que el doctor le pidió a papá que lo despidiera de mí, que lo disculpara por la prisa. Segura estaba que mi novio no haría nada contra nuestros planes. A partir de ese día todo fue diferente: mañanas tristes, luz del sol pálida, faroles divagantes. Mis pensamientos estaban revueltos. Como un fantasma treparon a mi mente las palabras premonitorias de aquella señora bruja que después de mi cumpleaños nos había visitado.

En la tarde del día siguiente mi novio pasó por mí para ir al café del parque. Caminábamos en silencio, teníamos cosas que platicar pero las dudas de lo que sobrevendría nos enmudecían. La gente lo saludaba con mirada bondadosa. Antes de llegar a una de las esquinas por las que teníamos que cruzar una puerta se abrió, salió una señora de edad avanzada de mirada suave y serena, de pelos amarillentos y despeinados, desaliñada como si llevara meses de encierro; con voz apagada le soltó a mi novio: “Sabemos que usted es inocente, sabemos quién le está haciendo esto y por qué. En el pueblo hay gente de malas entrañas, mejor váyase de aquí, por bien suyo, y llévase a esta preciosa mujercita; cásenle fuera de aquí”.

Paulo Emilio me soltó la mano, se acercó a la señora, le rogó que le dijera más; no lo consiguió. La señora dio media vuelta, se metió a su casa, cerró la puerta tras de sí. Tocamos, no salió. La mujer desapareció como un fantasma al amanecer. De esa casa se contaban extrañas historias. Seguimos nuestro camino a la cafetería.

“¡Estoy decidido, me voy a Huamantla! Nos casaremos en cuanto reúna el dinero para comprar lo que necesitamos para vivir en matrimonio. Nos pertenecemos el uno al otro, nada nos separará”.

Me arropó con sus brazos; estaba convencido de lo que decía. Observaba a la gente que pasaba por la calle, ellos nos miraban, me sentí segura junto a él.

“El buen Bladimir ya habló con su amigo el diputado acerca de mi trabajo, ya lo arregló; salgo para allá pasado mañana. Me ofreció una camioneta con chofer para trasladar mis cosas; algún día corresponderé a esas cortesías”. Estaba convencido de lo que el benefactor le prometía.

EN LOS SIGUIENTES DÍAS, el nombre del doctor Paulo Emilio recorría como fantasma las calles del pueblo, cual más especulaba.

Nos vimos el martes, comió con nosotros, lo invitó mi mamá. Estaba tranquilo, con la vista recorrió los retratos que colgaban de las paredes donde yo aparecía, quería llevarlas en su recuerdo. Nos platicó que había pasado al mercado para escuchar el característico murmullo de compradores y vendedores.

—Con la vista quise fotografiar los productos de ésta región, quiero conservarlas en la memoria junto a la imagen de mi querida Zalia. Allá platicaré de lo que produce estas tierras, lo que se cultiva por acá.

—¿Cómo te ha ido esta mañana? —le consultó mi mamá.

—Sólo tuve un paciente que iba de paso, era un mercader. La noticia se ha corrido como reguero de pólvora, señora —contestó apesadumbrado mi novio.

Mi mamá lo miró, guardó silencio, sus ojos se tornaron brillosos; lo quería bien, le dolía su partida. Se serenó para decirle:

—Esto que te está pasando es para nosotros una experiencia más, son pruebas que nos pone nuestro Dios, ni tú ni nosotros debemos tomarlo como un fracaso, todo lo que nos pasa es para crecer en la vida como personas del Señor, él sabe por qué pasa esto y sabrá qué hacer. Que Dios perdone a los que hacen daño. Todo será para bien.

Las palabras de mamá le infundieron ánimo, su rostro se tornó relajado. Mi papá tomó la palabra.

—Mientras estuviste en el pueblo tu buena fama de médico trascendió. Donde quiera que vayas te irá bien, el éxito estará de tu lado, sabes cómo vincularte con tus pacientes, eres responsable y preparado, te gusta investigar. Dios te dotó de una inteligencia extraordinaria, te vemos bien como novio de nuestra querida hija, la has respetado y te has sabido ganar su cariño y su admiración; eres discreto y formal, no tenemos duda de tus principios, eres un hombre de altos sentimientos. Tu presencia en tu nueva residencia demandará reconocimiento y respeto. Acuérdate que mientras el alma no deje de sentir y nuestros ojos sigan viendo la belleza de la aurora, habrá esperanza, Paulo Emilio. Consideramos que tienes pensado regresar de vez en cuando, si es así, ésta es tu casa; pero mientras nuestra hija y tú sean novios no te podremos invitar a que te quedes aquí, tú conoces a la gente, sabes de murmuraciones, lo estás padeciendo ahora.

—Lo sé —respondió mi enamorado—. Créame que si usted no me lo hubiera dicho yo me lo hubiera propuesto; últimamente he aprendido mucho de eso —El tono irónico que mi novio impuso a su última frase motivó a que riéramos. Eso relajó el ambiente que desde el inicio parecía cubierto por densa nube.

Como Paulo Emilio partía a temprana hora del día siguiente, prefirió despedirse en ese momento. Mi mamá le dio bendiciones; todos le deseamos mucha suerte.

Al tercer día, Bladimir le comentó a mi papá que Paulo Emilio ya estaba instalado en una pequeña casa que le consiguió uno de los ayudantes de su amigo el diputado. El chofer, una vez que descargó las cosas de mi novio en su nuevo domicilio, fue a Puebla a comprar mercancía.

Bladimir pronosticó que al doctor Paulo Emilio le iría muy bien en aquel lugar, y que la desagradable experiencia por la “intromisión de gente envidiosa”, le serviría para conducirse con cautela.

A la semana recibí una carta en la que me platicaba sus nuevas experiencias en aquella ciudad. “Me siento a gusto, pero te extraño mucho”, me escribió. “Una vez que encarrile mis actividades iré a visitarte”. Me comentó que había encontrado un ambiente de trabajo agradable.

Cada tercer día recibía sus cartas de mi amado. En una de las últimas me comentó su decisión de visitarme el siguiente fin de semana. Aprovecharía que uno de sus compañeros médicos visitaría a su novia en Poza Rica, y lo pasaría dejando en Papantla. En otra me dijo que el director del hospital le pidió que supliera la ausencia por enfermedad de otro de los doctores; se vio obligado a posponer su viaje. En la última carta me decía que no me escribiría otra para reservar temas de conversación para cuando nos viésemos.

CAPÍTULO 5

Paulo Emilio tenía planeado llegar a Papantla la tarde del viernes. Permanecí atenta, esperándolo; no llegó. Pensé que llegaría al otro día por la mañana. Tampoco. Al filo de las once de la mañana mi mamá y yo apostamos que mi novio estaría tocando la puerta a las doce del día. Dio la una de la tarde, y nada. Empezaba a preocuparme. Para calmar mi ansiedad, mamá me dijo que algún contratiempo profesional habría retrasado su arribo.

A las dos de la tarde mi mamá estaba inquieta. Cuando papá llegó a la casa dio por hecho que ya había llegado mi novio; al verme preguntó:

—¿Comerá con nosotros el doctor? —Demoré mi respuesta, papá pensó que había habido algún problema entre nosotros.

—Tu carita me dice que se disgustaron, ¿cierto?

—No, papá, nada de eso... es que... no ha llegado —le respondí.

En la tarde escuché a Mozart. Pensaba en todo, hasta en cosas tontas. “Tal vez conoció a otra chica de la que se había enamorado —pensé—, y no encontraba palabras para decírmelo”. La idea me enloqueció. A la hora de la cena seguíamos sin noticias. Con la intención de consolarme, papá le dijo a mamá delante de mí: “Seguro que el doctor tuvo que salir de inmediato a su casa de México, para atender algún problema que debió haber surgido en su familia”.

Esa noche no dormí bien, tuve sobresaltos, desperté dos o tres veces. Aún tenía la esperanza que el día que estaba por reventar el alba viera su atractiva figura. Mis brazos lo recibirían, luego me contaría los motivos de su demora.